

GRACIAS A UNA MÁQUINA

Hace muchos años, hacía el 1919 aproximadamente, vivía en París un científico llamado Pierre Voquel. Era un científico muy bueno e importante en Europa pues había inventado y construido aparatos y artilugios muy útiles para la sociedad de aquella época.

Era un hombre bastante joven, de unos 32 años, estaba casado con una hija de un pez gordo de los negocios textiles, y aunque no vivía en la alta sociedad de París, tampoco lo hacía en la baja.

Desde hacía tiempo Pierre le llevaba dando vueltas a otro invento suyo (a los que su padre llamaba "chismes") que estaba seguro sería el mejor de todos.Llevaba trabajando en él casi tres años y todavía no lo había terminado.

Era viernes y, como casi todos los días, su mujer se iba a pasear con su amiga, la señora Carole, por el inmenso parque que había tres manzanas más abajo.Al no estar su esposa en casa, Pierre decidió salir a comprar algunas piezas de metal que le faltaba ajustar para que su máquina estuviera perfectamente terminada

- ¡Hola! ¿ Cómo estás Françoise? - dijo Pierre eufórico.
- Muy bien querido amigo, ¿qué te trae por aquí?No me lo digas, más piezas para tu máquina, ¿verdad?
- Pues sí, no te equivocas. Necesito unas cuantas tuercas y tornillos de los medianos, por favor Françoise.
- Ahora mismo.

Cuando Pierre ya había pagado su compra y estaba a punto de irse Françoise le dio un folleto en el que se anunciaba un concurso de inventos ingeniosos.

- Toma por si te interesa, me lo ha traído el cartero esta mañana y te lo he guardado
- Muchas gracias pero no me interesa.

- Bueno lo intenté. ¿Y cuándo piensas enseñárselo a tu familia? No puedes tenerlo más tiempo escondido en el sótano.
- Lo sé, lo sé ... espero que pronto. Bueno hasta la vista.
- Adiós.

Al poco tiempo de haber llegado a casa llegó Marie, su esposa, muy cansada del paseo, así que decidieron cenar algo rápido e irse a dormir.

La noche fue tranquila y silenciosa. Con los primeros rayos de sol que entraban por la ventana Marie se levantó de la cama y se dedicó a preparar el desayuno. Pierre estaba medio dormido cuando de repente se escuchó un estruendo tremendo en la cocina. Pierre se levantó sobresaltado de la cama y fue directamente a la cocina y allí encontró a su mujer tendida en el suelo y un montón de platos y tazas rotas en mil pedazos. Asustado y temblándole las rodillas, recogió a Marie del suelo y la puso sobre la cama, después intentó reanimarla dándole palmaditas en la cara pero fue inútil, no respondía. Salió corriendo a buscar al doctor Ludovic a su clínica. Al llegar se lo explicó todo y salieron corriendo hacia la casa. El doctor Ludovic era un hombre anciano pero muy sabio, que llevaba trabajando más de media vida atendiendo a los habitantes de esa zona mediocre de París.

Al ver a Marie tan pálida y sin hacer ningún tipo de movimiento, el doctor se temió lo peor, pero para no tener ninguna duda, decidió examinarla a fondo, mientras Pierre esperaba en el comedor junto a su perra Rouge.

Cuando el doctor terminó, salió al comedor...

- Pierre, tu mujer está muy enferma, está inconsciente. No creo que tenga muchas posibilidades de vivir porque tiene un golpe fortísimo en la cabeza
- Pero no puede decirme eso, ¿y ahora qué hago?, ayúdeme - dijo Pierre afectado.

- Creo que deberías llevarla a un hospital lo más rápido que puedas.

Y así lo hizo nada más despedir al doctor. Cogió a Marie y la llevó corriendo al hospital, allí, al llegar, un médico la volvió a examinar, y después de un rato de espera le dijeron que había muerto. En ese momento a Pierre le flaquearon las rodillas y se cayó al suelo. Cuando despertó le dijeron que sólo había sido un pequeño desmayo.

Muy triste y hundido por la muerte de su esposa, Pierre volvió a casa y se lo contó a sus padres y hermanos. Al día siguiente se celebró el entierro.

Pierre no pudo superar aquel duro golpe y en vez de seguir adelante con su vida, se refugió en su invento para convencerse de que su esposa estaba aún con él. Así se llevó un año entero arreglando, cambiando y retocando piezas.

En el barrio unos decían que estaba loco, otros que enfermo.

Llegó la navidad, y el día de año nuevo se reunió toda la familia para cenar. Como era costumbre, la madre de Pierre, René, preparó una cena exquisita. La cena transcurrió tranquila y a Pierre se le notaba mucho más animado y feliz desde que había terminado su máquina. Ese día decidió anunciarlo en la mesa.

- Papá, mamá, hermanos, llevo muchos años trabajando en una máquina que será revolucionaria. Todavía no la he probado con personas, pero espero hacerlo algún día. Se trata de una máquina del futuro.
- Pero hijo eso es imposible - dijo René.
- Necesito un voluntario para que la pruebe - dijo Pierre.

Hubo minutos de silencio en la mesa.

- Yo lo haré - dijo Cédric, hermano pequeño de Pierre.
- De acuerdo, mañana la probamos.

Al día siguiente, por la mañana, Pierre se levantó muy nervioso.

Fue hacia la cocina, le puso comida a Rouge y se preparó el desayuno. Toda la mañana tubo la cabeza ocupada con su maravilloso invento.

Su hermano Cédric llegó por la tarde. Se dirigieron los dos hacia el sótano y al ver la máquina de su hermano, Cédric se quedó asombrado.

- Bien, ¿a qué año te gustaría ir? - dijo Pierre muy ilusionado.
- Pues si estamos en el año 1920, me gustaría ir al año 1999.
- De acuerdo. ¡Vamos!
-

Pierre le pidió a su hermano que se metiera dentro de la máquina por una pequeña puerta que había en un lateral. Luego Pierre se dirigió hacia los controles y una vez allí marcó los números que cuidadosamente había elegido su hermano, de repente se escuchó un silbido muy intenso, que casi hacía daño, duró sólo unos segundos, después llegó la calma. Pierre se apresuró para ver donde estaba Cédric, abrió la pesada puerta y... ¡no estaba su hermano!

Pierre se puso a gritar de alegría porque su máquina por fin funcionó, pero pronto empezó a preocuparse por Cédric, cuando se escuchó la voz de su hermano.

- ¿Dónde estoy?, Pierre, Pierre, ¿dónde estas?

Pierre corrió hacia el lugar de donde venía la voz de Cédric, y se dio cuenta que venía de un altavoz que él colocó cerca de la puerta, después de unos segundos se dio cuenta que podía comunicarse con Cédric mediante ese altavoz.

- Cédric, ¿dónde estás?
- Estoy ...haber...¡ah! ahí hay un letrero que pone: "Catedral de Notre Dame a la derecha", estoy en París pero todo es muy raro.
- Creo que deberías volver a casa, ¿hay alguna señal por ahí?
- Sí, hay un círculo en el lugar en el que aparecí.

- Ponte encima.

Pierre estuvo toqueteando algunos botones y en pocos minutos Cédric estuvo de vuelta en casa, volvió sano y salvo, pero muy sorprendido por todo lo que había visto.

- Hermano, ¿qué has visto?
- Pues es algo increíble, había mucha gente y mucho ruido de sirenas y los automóviles son mucho más pequeños y de muchos colores y, además, la gente va hablando por la calle por unos teléfonos sin cable.
- Tengo que ir.
- ¿Cómo?
- Que necesito ir y ver todo eso que me cuentas, hermano.

Pierre le estuvo explicando a Cédric todo lo que tenía que hacer para llevarlo hasta allí y traerlo de vuelta. Los dos hermanos se separaron, Pierre entró dentro y cerró la puerta, mientras Cédric marcaba el año 1999.

Mientras Pierre viajaba en el tiempo, sentía una especie de cosquilleo, cuando de repente apareció en el nuevo París. Al llegar estaba un poco aturdido y se tuvo que sentar en el suelo, ninguna de las personas que pasaban por allí se acercó para ver si se encontraba bien. Al rato se incorporó, y al levantar la vista se asustó de todo aquello. Empezó a caminar por las calles mientras se comunicaba con su hermano.

Pudo reconocer el barrio por donde caminaba, pero para asegurarse, se acercó a un letrero que decía: "calle Pierre Voquel". Pierre se quedó de piedra al leer su nombre en el cartel, y no se le ocurrió otra cosa que ir a preguntarle por el nombre a un anciano que pasaba por allí.

- Perdona señor, ¿sabría usted decirme por qué le han puesto ese nombre a la calle?
- Parece interesarle, ¿no? Pues Pierre Voquel fue un prestigioso científico parisino y también muy reconocido en

el mundo entero. Su casa, en la que nació y creció, es un museo que está en la otra punta de esa calle. Por cierto ¿por qué va vestido así?, todavía no es carnaval.

- Muchas gracias, pero tengo prisa.

Pierre bajó la calle y se quedó alucinado al ver allí su casa, claro que estaba mucho más vieja y descolorida desde la última vez que la vio.

También le impresiono mucho la violencia y la poca amabilidad de las personas de esta época. Esto le molestó mucho, pues no comprendía qué podía haberle pasado a las personas para comportarse así.

Rápidamente decidió volver a su casa para contárselo todo a su hermano. Y así lo hizo, se lo contó todo y pensó que tenía que hacer algo para poder mejorar el futuro.

Pasaron los años y nadie volvió a utilizar la máquina. Durante todo ese tiempo, Pierre estuvo pensando en alguna solución y lo único que se le ocurrió al científico fue escribir un libro, pero un libro muy valioso, que les hiciera reflexionar y lo que aprendieran que lo pasaran de padres a hijos.

A Pierre le publicaron el libro y en poco menos de un mes ya había vendido cientos de copias. Al científico le gustó eso de escribir, así que durante años siguió escribiendo libros además de artículos en los periódicos.

Unos años más tarde decidió volver al futuro para ver si su libro había valido la pena o no. Estaba muy nervioso, y cuando llegó tuvo miedo de abrir los ojos, pero cuando los abrió se alegró mucho.

Todo era distinto de la última vez que estuvo allí. Ya no se notaba la violencia en las calles y en cambio todo estaba mucho mejor.

Al poco tiempo se le apeteció dar un paseo, estuvo callejeando varias horas, hasta que llegó a una plaza muy grande llena de árboles, y en el centro había una estatua, a la cual se acercó para poder verla mejor. Cuando estuvo delante casi se cae al suelo de la sorpresa, el hombre de la estatua era él. Debajo había grabada

una pequeña placa en la que decía:

“Pierre Voquel, nacido el 2 de febrero del año 1889, reconocido por todo el mundo por su ayuda a crear un mundo mejor”

Al leer esto Pierre se quedó boquiabierto. Decidió regresar a casa y seguir escribiendo y ayudando por mucho tiempo.

ANA CANTÓ VICENTE

